

PASADISMO Y FUTURISMO

Luis Alberto Sánchez y yo hemos constatado recientemente que uno de los ingredientes, tanto espirituales como formales, de nuestra literatura y nuestra vida es la melancolía. Bien. Pero otro, menos negligible tal vez, es el pasadismo. Estos elementos no coinciden arbitraria o casualmente. Coinciden porque son solidarios, porque son consustanciales, porque son consanguíneos. Son dos aspectos congruentes de un solo fenómeno, dos expresiones mancomunadas de un mismo estado de ánimo. Un hombre aburrido, hipocondriaco, gris, tiende no solo a renegar el presente y a desesperar del porvenir sino también a volverse hacia el pasado. Ninguna ánima, ni aún la más nihilista, se contenta ni se nutre únicamente de negaciones. La nostalgia del pasado es la afirmación de los que repudian el presente. Ser retrospectivos es una de las consecuencias naturales de ser negativos. Podría decirse, pues, que la gente peruana es melancólica porque es pasadista y es pasadista porque es melancólica.

Las preocupaciones de otros pueblos son más o menos futuristas. Las del nuestro resultan casi siempre tácita o explícitamente pasadistas. El futuro ha tenido en esta tierra muy mala suerte y ha recibido muy injusto trato. Un partido de carne, mentalidad y traje conservadores fué apodado partido futurista. El diablo se llevó en hora buena a esa facción estéril, gazmoña, impotente. Mas la palabra "futurista" quedó desde entonces irremediablemente desacreditada. Por eso, no hablamos ya de futurismo sino, aunque suene menos bien, de porvenirismo. Al futuro lo hemos difamado temerariamente atribuyéndole relaciones y concomitancias con la actitud política de la más pasadista de nuestras generaciones.

El pasadismo que tanto ha oprimido y deprimido el corazón de los peruanos es, por otra parte, un pasadismo de mala ley. El período de nuestra historia que más nos ha atraído no ha sido nunca el período incaico. Esa edad es demasiado autóctona, demasiado nacional, demasiado indígena para emocionar a los lánguidos criollos de la República. Estos criollos no se sienten, no se han podido sentir, herederos y descendientes de lo incásico. El respeto a lo incásico no es aquí espontáneo sino en algunos artistas y arqueólogos. En los demás es, más bien, un reflejo del interés y de la curiosidad que lo incásico despierta en la cultura europea. El virreinato, en cambio, está más próximo a nosotros. El amor al virreinato le parece a nuestra gente un sentimiento distinguido, aristocrático, elegante. Los balcones moriscos, las escalas de seda, las "tapadas", y otras tonterías, adquieren ante sus ojos un encanto, un prestigio, una seducción exquisitas. Una literatura decadente, artificiosa, se ha complacido de añorar, con inefable y huachafa ternura, ese pasado postizo y mediocre. Al gracejo, a la coquetería de algunos episodios y algunos personajes de la colonia, que no deberían ser sino un amable motivo de murmuración, les ha sido conferidos por esa literatura un valor estético, una jerarquía espiritual, exorbitantes, artificiales, caprichosos. Los temas y los "dra-

JABÓN CERTIFICADO DE ROSS

Un Cutis Como Pétalo de Rosa

Fragante, blanda, suave, terciopelada y limpia—hé aquí cómo el Jabón Certificado de Ross conserva la piel.

Es absolutamente puro, es medicinal, es antiséptico. Por lo tanto, es el jabón ideal, el jabón perfecto, tanto para el infante más pequeño como para la niña más crecida y para el resto de la familia también.

Pruébelo Ud. una sola vez: estamos seguro que lo querrá siempre.

THE SYDNEY ROSS CO
NEW YORK, U. S. A.

matic personae" del virreinato no han sido abandonados a los humoristas a quienes pertenecían, por antonomasia, sus motivos cómicos y sus motivos galantes y casanovescos. Don Ricardo Palma hizo de ellos un uso adecuado e inteligente, contándonos con su malicia y su donaire limeños, las travesuras de los virreyes

y de su clientela. "La Calesa de la Perricholi", que Antonio Garland ha traducido con fino esmero y gusto gentil es otra pieza que se mantiene dentro de los mismos límites discretos. Toda esa literatura estaba y está muy bien. La que está mal es esa otra literatura nostálgica que evoca con unción y gravedad las aventuras y los chismes de una época sin grandeza. El fausto, la pompa colonial son una mentira. Una época fastuosa, magnífica, no se improvisa, no nace del azar. Menos aún desaparece sin dejar huellas. Creemos en la elegancia de la época "rococó" porque tenemos de ella, en los cuadros de Watteau y Fragonard, y en otras cosas más plásticas y tangibles preciosos testimonios físicos de su existencia. Pero la colonia no nos ha legado sino una calesa, un caserón, unas cuantas celosías y varias supersticiones. Sus vestigios son insignificantes. Y no se diga que la historia del virreinato fué demasiado fugaz ni Lima demasiado chica. Pequeñas ciudades italianas guardan, como vestigio de trescientos o doscientos años de historia medioeval, un conjunto maravilloso de monumentos y de recuerdos. Y es natural. Cada una de esas ciudades era un gran foco de arte y de cultura.

Adorar, divinizar, cantar el virreinato es, pues, una actitud de mal gusto. Los literatos e intelectuales que, movidos por un aristocratismo y un estetismo ramplones, han ido a abastecerse de materiales y de musas en los caserones y guardarropías de la colonia, han cometido una cursilería lamentable. La época "rococó" fué de una aristocracia auténtica. Fran-

Teléfono 3695

Apartado 1626

Mmes. L. Cannes Nourrisson & Van Roey

PLATEROS DE SAN AGUSTIN 199

Participan a su distinguida clientela, que ha llegado de Paris el surtido de verano en trajes y sombreros.

Modelos de Bernard, Premet, Drecoll.
Sombreros maison Lewis, Suzanne, Talbot.

cia, sin embargo, no siente ninguna necesidad espiritual de restaurarla. Y las escenas de la revolución jacobina, la música demagógica de la marsellesa, pesan mucho más en la vida de Francia que los melindres y los pecados de Madame Pompadour. Aquí, debemos convencerlos sensatamente de que cualquiera de los modernos y prosaicos "buildings" de la ciudad, vale, estética y prácticamente, más que todos los solares y todas las celosías coloniales. La "Lima que se va" no tiene ningún valor serio, ningún perfume poético, aunque Gálvez se esfuerce por demostrarnos, elocuentemente, lo contrario. Lo lamentable no es que esa Lima se vaya, sino que no se haya ido más de prisa.

El doctor Mackay, en una conferencia, se refirió discretamente al pasadismo dominante en nuestra intelectualidad. Pero empleó, talvez por cortesía, un término inexacto. No habló de "pasadismo" sino de "historicismo". El historicismo es otra cosa. Se llama historicismo una notoria corriente de filosofía de la historia. Y si por historicismo se entiende la aptitud para el estudio histórico, aquí no hay ni ha habido historicismo. La capacidad de comprender el pasado es solidaria de la capacidad de sentir el presente y de inquietarse por el porvenir. El hombre moderno no es sólo el que más ha avanzado en la reconstrucción de lo que fué sino también el que más ha avanzado en la previsión de lo que será.

El espíritu de nuestra gente es, pues, pa-

sadista; pero no es histórico. Tenemos algunos trabajos parciales de exploración histórica, mas no tenemos todavía ningún gran trabajo de síntesis. Nuestros estudios históricos son, casi en su totalidad, inertes o falsos, fríos o retóricos.

El culto romántico del pasado es una morbosidad de la cual necesitamos curarnos. Oscar Wilde, con esa modernidad admirable que late

en su pensamiento y en sus libros, decía: "El pasado es lo que los hombres no habrían debido ser; el presente es lo que no deberían ser". Un pueblo fuerte, una gran generación robusta no son nunca plañideramente nostálgicos, no son nunca retrospectivos. Sienten, plenamente, fecundamente, las emociones de su época. "Quien se entretenga en idealismos provincianos—escribe Oswald Spengler, el hombre de mayor perspectiva histórica de nuestro tiempo—y busque para la vida estilos de tiempos pretéritos, que renuncie a comprender la historia, a vivir la historia, a crear la historia".

Una de las actitudes de la juventud, de la poesía, del arte y del pensamiento peruanos que conviene alentar es la actitud un poco iconoclasta que, gradualmente, van adquiriendo. No se puede afirmar hechos e ideas nuevas si no se rompe definitivamente con los hechos e ideas viejas. Mientras algún cordón umbilical nos una a las generaciones que nos han precedido, nuestra generación seguirá alimentándose de prejuicios y de supersticiones. Lo que este país tiene de vital son sus hombres jóvenes; no sus mestizas antiguallas. El pasado y sus pobres residuos son, en nuestro caso, un patrimonio demasiado exiguo. El pasado, sobre todo, dispersa, aísla, separa, diferencia demasiado los elementos de la nacionalidad, tan mal combinados, tan mal concertados todavía. El pasado nos enemista. Al porvenir le toca darnos unidad.

José Carlos MARIATEGUI.



El mejor jabón para teñir

AGENTES PARA EL PERU

A. NORIEGA DEL VALLE.—S. en C.



En busca de la belleza ella encontró la felicidad

Así dice la leyenda de la princesa que viajaba mucho y lejos en busca de la belleza. Doquiera que ella llegaba, al castillo del rey, á la cabaña del pastor, al extremo de la floresta, allí encontraba la felicidad.

Armand, el hombre que creó la Cold Cream Powder ha encontrado en nuestra actual generación la misma felicidad. Dedicó su vida al culto de la belleza, haciendo de ésta su credo, hasta lograr descubrir el secreto para la felicidad de todas las mujeres del mundo. El sabía que éstas aman más la vida cuando saben que son bellas. ARMAND-COLD CREAM POWDER ha realizado este prodigio. A su delicioso perfume une la frescura y suavidad de sus polvos que se adhieren limpidamente al cutis por el efecto mágico del Cold Cream. Ud. tiene la satisfacción de saber que puede dedicarse á sus labores cotidianas durante muchas horas, ir de paseo, á diversiones, etc. ó permanecer mucho tiempo al aire libre, sin que desaparezcan del cutis.

Al realizar este gran descubrimiento Armand ha traído la felicidad que proporciona la belleza al usar el maravilloso Armand Cold Cream Powder.

Compre Ud. hoy mismo una caja blanca y rosada en forma de sombrero.



ARMAND

F. GALLESE

Lima - Perú